

Catalunya y España: ¡dialoguen, por favor!

Araceli Recio

Economista. Foro Arrupe
E-mail: ara_recio@yahoo.es

foro ARRUPE

Recibido: 13 febrero 2014
Aceptado: 17 febrero 2014

RESUMEN: España, dentro del contexto global de crisis, no entraña un motivo de preocupación especial. Eso sí, conviene no engañarse, uno de sus más acuciantes problemas es su propio modelo territorial. Un modelo problemático desde hace más de cien años, que en la actualidad, ciertamente, se encuentra sobredimensionado y falto de objetividad, especialmente en todo lo referente a Catalunya. Pero por mucho que se diga y oiga, afirma Antonio Garrigues Walker, Catalunya y España no se van a separar.

PALABRAS CLAVE: España, Catalunya, modelo territorial, separatismo, derecho a decidir.

«Como ven, me ha tocado un tema fácil», comenzaba diciendo D. Antonio Garrigues Walker, ponente del Foro Arrupe, organizado por el Centro de Reflexión Alberto Hurtado de Madrid, el pasado martes 11 de febrero. A continuación recordó que ya la primera sesión del Foro, a finales de los años 90, se dedicó precisamente a la cuestión del nacionalismo y los nacionalismos.

En un contexto global

En primer lugar, introdujo el señor Garrigues, hay que situar la

cuestión en su contexto global: no sólo España, sino en general en el mundo en que vivimos. Ciertamente en España tenemos problemas serios y profundos: sanidad, educación, desigualdad económica, «suicidio demográfico», desprestigio de las instituciones, corrupción... Sin embargo, el “envejecimiento” poblacional es un problema también europeo y sucede asimismo en Japón. Por el contrario, Estados Unidos es un país joven, existe un adecuado relevo generacional, y esto «se nota» en la sensación de dinamismo que se percibe. El envejecimiento

hace ganar en sabiduría y prudencia, pero también resta fuerzas y valentía, y es el contexto en el que nos encontramos.

Con énfasis, señala que «a veces sentimos que se está “desestructurando” el país». Pero España «no es el peor país del mundo, al contrario, es muy presentable y puede compararse a cualquier país europeo». Está mejor que Portugal, Grecia e incluso Francia, que es el «gran enfermo» europeo.

¿Qué otras cosas observamos en nuestro mundo? Continúa Garrigues: en Alemania, Merkel ha conseguido realizar una coalición para el gobierno. Los países nórdicos pasan una época difícil. Los países emergentes (India, China...), se están «sumergiendo»: las tasas de crecimiento quedan por debajo de lo esperado. Japón continúa «a base de la máquina». Estados Unidos es un país polarizado políticamente, con el problema del déficit público y, sobre todo, con una desigualdad pavorosa y creciente, por lo que no es modelo. En Latinoamérica, encontramos unos países en mejor situación que otros: Brasil no está creciendo y tiene un grave problema de estructura social, crisis del peso argentino, crisis de Venezuela, estabilidad en Perú y Colombia. África es el continente abandonado, aunque se hable del «milagro de África». Destaca su ju-

ventud, con un promedio de edad de 36 años, pero tampoco es modelo por los problemas que todos conocemos. En el Magreb se debate la cuestión islámica.

En este contexto global, sitúa el ponente, España ha hecho un esfuerzo importante. Son signos positivos el sector exterior creciente, el turismo (66 millones de turistas, sólo superado por Estados Unidos y Francia), la absorción de la burbuja inmobiliaria y las previsiones de la Comisión Europea de ser el país con mayor crecimiento para 2014. Pero los latinos tenemos la tendencia a dramatizar y a agravar: España es un país que merece la pena, es un país serio, con futuro y comparable a cualquier otro. Tiene, eso es cierto, un grave problema con el modelo territorial.

El modelo territorial español

Algunos dicen que el modelo actual está agostado, agotado, que hay que cambiarlo del todo. Pero lo primero es empezar a hablar con menos pasión, con más prudencia y más objetividad, enfatiza D. Antonio Garrigues.

Una primera afirmación: el modelo territorial nunca ha funcionado. Desde el principio: en 1873 se produjo la primera declaración

unilateral del estado catalán (por cierto, la hicieron ¡un andaluz y un francés!). En 1931 Maciá proclama el estado catalán y la república catalana. Fue sustituido por Companys, quien hace la misma proclamación. Lerroux declarará el estado de guerra, Cataluña será ocupada y Companys encarcelado.

Por tanto, se constata que «éste es un problema que se va a mantener. Hay problemas que no se resuelven y que, por tanto, hay que conllevárselos», por utilizar una expresión de Ortega y Gasset.

Asimismo, precisa Garrigues Walker, no hay un modelo territorial perfecto. Todos son distintos. Cuando el PSOE propone «una solución federal» hay que preguntar ¿qué significa eso? En realidad, hay mucho modelos federales; Estados Unidos, Alemania, México, Suiza... cada uno tiene un sistema federal diferente. La autonomía es un modelo de federalismo. De hecho, nuestro sistema autonómico tiene mayor intensidad que el de los Estados Unidos. El confederalismo, en cambio, sí es jurídicamente algo distinto.

Apunta D. Antonio que para un nacionalista: «el sueño de un estado independiente nadie nos lo podrá quitar». «Siempre pidiendo un poco más, un poco más...». Nunca

sentirá «ya lo he conseguido todo». Todo esto es legítimo, no debe sorprendernos ni tampoco debemos dramatizarlo.

La situación actual se veía venir desde hace tres o cuatro años, matiza. «Están pasando cosas que no habían pasado antes». Lo que se ha observado ha sido: una ola soberanista en Cataluña que ha repercutido en una «ola recentralizadora» en el gobierno central. «Para un mar arbolado se necesitan marinos finos», afirma. «Y estos no sobran; en la actualidad, como mucho, tenemos uno o ninguno».

Sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut

Antonio Garrigues señala que el punto de inflexión fue la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatut catalán (sentencia 31/2010 de 28 de junio). Para situarnos, hay que recordar que el Estatut del año 2006 fue un estatuto de máximos. Su discusión llevó meses y meses. No obstante, para ser un estatuto tan importante, en su aprobación no votó ni el 50% del electorado. Lo cual habla de un cierto hartazgo en la ciudadanía.

El Tribunal Constitucional cuestionó varios artículos, declarando

inconstitucionales catorce de ellos; y de hecho se cambiaron, dándose la circunstancia de que estos mismos artículos estaban aceptados en otras comunidades autónomas. Se caracteriza, pues, por ser una sentencia que encrespó los ánimos, pues los catalanes la recibieron como: «han traicionado mi confianza». Así empieza la «ola soberanista». A ello se suma la pérdida de votos de Convergencia i Unió (CiU) en las elecciones, que ellos interpretan como «no hemos sido suficientemente nacionalistas» (frente a Esquerra Republicana de Catalunya, ERC).

En estas circunstancias, dice Garrigues, es cuando comienza el debate. En relación al tema de las balanzas fiscales (quién debe a quién), «he leído todo lo publicado», manifiesta, «y se trata de cifras, por lo que se tiene que saber qué sucede en realidad. Sin embargo», exclama «¡es asunto de múltiples versiones!». Sobre este tema, el victimismo catalán viene de hace muchísimo y es permanente. Otro tanto sucede con los datos históricos (la historia sólo es una), pero se encuentran actitudes radicalmente distintas. En todo esto, afirma con fuerza, hay que reclamar el derecho de la ciudadanía a una información veraz: la sociedad civil tiene que reclamarlo incluso con rabia.

Por el contrario, continúa, el debate político ha sido un mero intercambio infantil: los catalanes dicen «hemos perdido la confianza» y el gobierno central no hace nada, mientras vemos acercarse el 9 de noviembre, fecha propuesta para el referéndum. Esto ocurre, en parte, porque antes de las elecciones europeas «no se puede hacer nada» (pero las elecciones son el día 25 de mayo, y podemos estar perdiendo un tiempo precioso).

¿Cómo se articula la sociedad civil para efectuar sus reclamaciones? Garrigues responde: la sociedad civil es la sociedad organizada, a través de diversas instituciones, asociaciones, fundaciones... ¿Por qué éstas no lo hacen? Por dos razones: la primera es que están financiadas por el sector público, por tanto, son «organizaciones muy gubernamentales»; la segunda es que la sociedad civil está acobardada y baja de fuerzas y no se atreve a gritar. Hay miedo. Los empresarios son los únicos que han dicho algo.

Cómo afrontarlo

D. Antonio Garrigues introduce que, aunque parezca obvio, la democracia se basa en dos principios fundamentales: en primer lugar, ninguna democracia es perfecta,

todas son «perfectibles». Segundo, la democracia no consiste en que estemos todos de acuerdo; más bien lo contrario, nos permite convivir en desacuerdo, y ahí la única fórmula es el diálogo.

La democracia que representan los partidos políticos, continúa. Parece que nuestros partidos políticos sostienen que «ellos no tienen la obligación de dialogar» (por ejemplo, se ha estado al borde del pacto en justicia, sanidad, y no se ha concluido). Resalta el contraste con la coalición creada en Alemania. Sin embargo, es que tiene que haber temas en los que se pongan de acuerdo y la situación en éste es que «nadie habla con nadie»: han renunciado al diálogo.

La pérdida de la costumbre de dialogar se debe, precisa Garrigues Walker, a que creen que dialogando pierden fuerza. También, a que estamos permanentemente en clima electoral. Por último, a que no se sabe qué es el diálogo: veo en televisión a seis o más personas hablando todas a la vez diciendo cosas opuestas y ¿quién se entiende?

¿La clase política no está a la altura de las circunstancias? Contesta D. Antonio Garrigues: éste es un problema general en el mundo, el estamento político no cumple su función. En España se ha produci-

do una caída de la credibilidad, según muestran las encuestas, son la institución menos valorada y aumenta la distancia respecto a la ciudadanía. Para que los partidos políticos representen la democracia, lo primero que requieren es democracia interna: tiene que haber primarias, financiación transparente, por no hablar de listas abiertas.

«Este tema se va a arreglar, porque se tiene que arreglar, no puede ser que se convierta en un conflicto o en algo peor», afirma. «Se retrasará el referéndum o se hará en falso». Pero es que nadie quiere secesionarse, porque es malo para España y para Cataluña.

Por qué es perjudicial nos lo muestran, por ejemplo, los movimientos de capitales. D. Antonio Garrigues recuerda que cuando vino Ford a instalarse en Europa (finalmente en Almusafes, España), todos los países hicieron sus «concursos de belleza», tratando de vender sus ventajas y de criticar a los demás. Por tanto, «si llevamos mal este tema», perjudicamos la imagen exterior de España.

Escocia, Quebec, y otros nacionalismos, son temas muy difíciles de entender en todas sus dimensiones, constata. Pero se están llevando bien, civilizadamente, aunque

sean situaciones distintas a las de Cataluña. Cameron (primer ministro inglés) dice a Escocia: «no os vayáis». Citando a Sigmund Freud: «las ciencias no han descubierto una medicina superior a unas buenas palabras bondadosas». «Que nos pidan perdón». «¿Quién pide perdón a quién?», se pregunta.

En la situación actual hay dos salidas posibles, precisa: la primera es la celebración de un referéndum ilegal. No obstante, lo más probable es que CiU no se atreva y ERC solo no lo haga. La segunda salida consiste en unas elecciones anticipadas, que tendrían un carácter plebiscitario. Esta situación se produjo hace unos años con el lehendakari vasco Juan José Ibarretxe, y concluyó con la pérdida de las elecciones.

¿Y si ganan las elecciones? Si el 70-80% del pueblo catalán dice que quiere ser independiente, entonces tenemos un problema, por mucha Constitución que tengamos, dice D. Antonio Garrigues. «Y lo resolveremos». Lo malo es que en el tema catalán, hay un principio de acuerdo y esto es positivo, pero «los he visto muchas veces y al final alguien mete la pata».

¿Qué opina del «derecho a decidir»? Primero precisa que la propia expresión tiene una trampa incor-

porada: su belleza «demócrata». Respondiendo: si la Constitución se reforma, podrían tenerlo. El Estado por sí mismo, no puede darlo. Serían todos los españoles en referéndum los que deberían darlo.

En este sentido, apunta, otra posible solución sería que se planteara una reforma de la Constitución, de modo que se aplazara el referéndum. Quizás esta reforma podría dar la satisfacción que se necesita en determinadas áreas: culturales o económicas. Los catalanes aman su identidad cultural. Aman todas y cada una de sus tradiciones. Esto es admirable. «En Madrid la gente ya no sabe ni lo que es el madroño».

Alternativas políticas

¿Por qué ningún gobierno hace la reforma de la administración? ¿Es una «caja de truenos»? D. Antonio Garrigues responde que el sistema autonómico ha funcionado bien en época de crecimiento. Pero la duplicidad de gasto no es sostenible con la crisis. El sistema público está dejando de hacer muchas cosas (teatro, cine, cultura, etc.) porque no tiene dinero. Por tanto, van a tener que reformarla, quieran o no.

¿Es el nuevo partido Vox una alternativa real? Por experiencia,

contesta Garrigues, introducirse entre los dos partidos mayoritarios es muy complicado. Principalmente porque ese espacio ya está ocupado por los partidos nacionalistas. Si hubiera elecciones generales y uno de los partidos no tiene mayoría absoluta, pactaría con ellos. La ley favorece a los mayoritarios. Se nos olvida que las elecciones dependen de las leyes electorales. Por otra parte, Vox es muy desconocido.

Por último, dice el señor Garrigues, sorprende que con más de un 25% de paro «las pasiones son muy pequeñas». Ha aumentado la inseguridad callejera, pero no tanto, la ciudad sigue tranquila. Predomina el continuismo. Sin

duda por la economía sumergida, pero también por el «colchón familiar» tan importante en España y que lo distingue de otros países como Estados Unidos.

En conclusión

En conclusión, afirma: nadie se va a separar. Es una situación permanente, y hay que convivir con ello, «conllevarlo». «Es usted optimista a pesar de todo», se le dice reiteradamente en el coloquio. «Es que no hay más remedio que ser optimista», responde Garrigues. No podemos poner en peligro todo lo que hemos hecho por el tema catalán. ■